

Selección de lecturas de

#ViralicemosLaLectura

Textos que nos confrontan con una pandemia

2

En esta segunda selección de textos sumamos perspectivas, temas, atmósferas, tonos, ritmos y visiones literarias. Desde autores clásicos hasta novísimos: poemas, fragmentos de novelas y cuentos que proponemos como semilla para reflexionar entorno al devenir de la vida, las emociones, las angustias y las alegrías, a la par que nos sumergimos en imaginación, humor, asombro y en la sabiduría misteriosa de los sueños; todo ello imprescindible para comprender y fortalecer nuestras perspectivas como sociedad y como individuos desde múltiples trincheras.

Seas estudiante, académica, escritor, panadera o amo de casa, seguro aquí encontrarás uno o varios textos que te sorprenderán. En su lectura en voz alta, cada texto no demora más de dos minutos. Sé generoso: grábalo y compártelo en tu red social, usando el hashtag #ViralicemosLaLectura .

Estructura: Di 1) Tu nombre; 2). A qué te dedicas; 3) “Estoy viralizando la lectura”; 4) Nombre del autor; 5) Nombre del texto; 6) Léelo con voz fuerte. (Grabado el video, si lo requiere, usa una App de celular para subirle volumen).

#SomosNormalistas

1 de abril de 2020

Autora: **Alejandra Pizarnik** / Poema: **En extrañas cosas moro**

Simplemente no soy de este mundo...

Yo habito con frenesí la luna.

No tengo miedo de morir;

tengo miedo de esta tierra ajena, agresiva...

No puedo pensar en cosas concretas;

no me interesan.

Yo no sé hablar como todos.

Mis palabras son extrañas y vienen de lejos,

de donde no es, de los encuentros con nadie...

¿Qué haré cuando me sumerja en mis

fantásticos sueños y no pueda ascender?

Porque alguna vez va a tener que suceder.

Me iré y no sabré volver.

Es más, no sabré siquiera que hay un “saber volver”.

No lo querré, acaso.

Autor: **Gabriel Jiménez Emán** / Cuento: **Los brazos de Kalym**

Kalym se arrancó los brazos y los lanzó a un abismo. Al llegar a su casa, su mujer le preguntó sorprendida: "¿Qué has hecho con tus brazos?"

—Me cansé de ellos y me los arranqué —respondió Kalym.

—Tendrás que ir a buscarlos, vas a necesitarlos para el almuerzo. ¿Dónde están?

—En un abismo, muy lejos de aquí.

—¿Y cómo has hecho para arrancártelos?

—Me despegué el derecho con el izquierdo, y el izquierdo con el derecho.

—No puede ser —respondió su mujer— pues necesitabas el izquierdo para arrancarte el derecho, pero ya te lo habías arrancado.

—Ya lo sé mujer, mis brazos son algo muy extraño. Olvidemos eso por ahora y vayamos a dormir —dijo Kalym abrazando a su mujer.

Autora: **Cristina Peri Rossi** / Poema: **De aquí a la eternidad**

No he amado las almas, es verdad,
sus pequeñas miserias
sus rencores sus venganzas
sus odios su soberbia
en cambio he amado generosamente
algunos cuerpos
mi amor los ha embellecido
más que el maquillaje
mi amor los ha enaltecido
siempre es más fácil amar un seno flácido
un ojo ligeramente estrábico
que el mal carácter
la mezquindad
o el narcisismo
llamado otrosí ego.

No he amado las almas, es verdad,
sus pequeñas miserias
sus rencores sus venganzas
sus odios su soberbia
en cambio
he amado hasta el éxtasis
algunos cuerpos
no necesariamente hermosos.

Autora: **Elena Garro** / Cuento: **El Duende** (fragmento)

“El otro mundo es tan bonito como éste”... Durante un rato la frase la dejó convencida, pero luego, la puerta que la esperaba y que conducía al vacío, volvió a tomar cuerpo. Con su propio pie daría el paso que iba a precipitarla al abismo por el cual iría descendiendo por los siglos de los siglos, con la cabeza hacia abajo, en una caída sin fin dentro del pozo negro que era la muerte. Por ahí caerían también su padre, su madre y sus hermanos. Y nunca se encontrarían, porque todos caerían en diferentes horas. Sólo Eva se quedaría flotando en el jardín, mirando con sus ojos amarillos las cosas que pasaban en la casa.

—¿Estás segura de que el otro mundo es tan bonito como éste?

—Sí, y como no tenemos cuerpo no sudamos.

Era irremediable no tener cuerpo. Elisa decía lo mismo. El sacerdote decía lo mismo. El cuerpo se quedaba acá y no podíamos llevarnos ni un mechoncito de pelo, para recordar de qué color habíamos sido. Miró el cabello dorado de Eva. Cerca de las sienes era muy pálido y con el sudor se le pegaba a la piel y tomaba la forma de plumas muy finas. Eva se estaba mirando las manos contra la luz del sol.

—Adentro de las manos tenemos luz.

Leli recordó el día que jugando con la navaja de su padre se cortó un dedo y la sangre salió a borbotones. Sintió vergüenza al sorprender a Eva en una mentira.

—¡Mentirosa!

—¿Has visto a Nuestro Señor? De cada dedo le sale un rayo de luz. Mis dedos se van a encender un día y me voy a ir en lo oscuro.

Autor: **Alí Chumacero** / Poema: **Poema de amorosa raíz**

Antes que el viento fuera mar volcado,
que la noche se unciera su vestido de luto
y que estrellas y luna fincaran sobre el cielo
la albura de sus cuerpos.

Antes que luz, que sombra y que montaña
miraran levantarse las almas de sus cúspides;
primero que algo fuera flotando bajo el aire;
tiempo antes que el principio.

Cuando aún no nacía la esperanza
ni vagaban los ángeles en su firme blancura;
cuando el agua no estaba ni en la ciencia de Dios;
antes, antes, muy antes.

Cuando aún no había flores en las sendas
porque las sendas no eran ni las flores estaban;
cuando azul no era el cielo ni rojas las hormigas,
ya éramos tú y yo.

Autor: **Julio Torri** / Cuento: **Literatura**

El novelista, en mangas de camisa, metió en la máquina de escribir una hoja de papel, la numeró, y se dispuso a relatar un abordaje de piratas. No conocía el mar y sin embargo iba a pintar los mares del sur, turbulentos y misteriosos; no había tratado en su vida más que a empleados sin prestigio romántico y a vecinos pacíficos y oscuros, pero tenía que decir ahora cómo son los piratas; oía gorjear a los jilgueros de su mujer, y poblaba en esos instantes de albatros y grandes aves marinas los cielos sombríos y empavorecedores.

La lucha que sostenía con editores rapaces y con un público indiferente se le antojó el abordaje; la miseria que amenazaba su hogar, el mar bravío. Y al describir las olas en que se mecían cadáveres y mástiles rotos, el mísero escritor pensó en su vida sin triunfo, gobernada por fuerzas sordas y fatales, y a pesar de todo fascinante, mágica, sobrenatural.

Autor: **Ángel Carlos Sánchez** / Poema: **Paisajes de la voz**

No es el viento lo que mueve el pasto
sino la luz.

Es también la claridad
la que cimbra las montañas,
la que empuja nubes
hacia quién sabe qué destino.

Nuestra mirada forma parte del paisaje.

Por eso la luz
podría arrastrarnos como al tiempo
y a las hojas.

Pero no.

Nuestra sombra es un lastre
que afortunadamente
nos sostiene.

¿Qué será más difícil de observar:

la oscuridad saliendo de la luz
o el pensamiento

creciendo a mediodía?

Después de que ha podido verse,

¿qué será más difícil de ignorar?

No es la montaña eso que vemos,

no es ni siquiera

la sombra de la montaña.

Podría creerse

que es el contraste

de la luz y la sombra en la montaña.

Pero nosotros no sabemos

si los otros pueden verla.
Así que no intentamos convencerlos.
Tal vez es eso que dijimos
nada más:
sombra y luz en movimiento.
Quizá hasta es
verdaderamente la montaña.
Para nosotros lo importante
no es si se ve o no se ve,
sino qué es de nosotros la montaña
y qué somos nosotros para ella.

Autora: **Verónica Murguía** / Novela: **Auliya** (fragmento)

De pronto, Rad se detuvo y relinchó, lleno de terror.

Al-Jakum, sin comprender, lo azotó cruelmente con una fusta de cuero trenzado que hasta ese momento había colgado siempre ociosa de su cinturón, pero el caballo no podía avanzar. Comenzó a hundirse en la arena, como si ésta se hubiera convertido en lodo, a pesar de que arqueaba el lomo tratando de mover las patas.

Al-Jakum sintió el miedo de su montura y despertó del hechizo con un escalofrío que lo hizo temblar.

Jadeante, vio un resplandor escarlata que apareció cerca de ellos: una niebla roja, espesa, que se condensó. Eran tres demonios semejantes a hombres corpulentos devorados por la lepra, de piel escamosa y lívida. En sus hinchados rostros de cadáver, en los que faltaban narices y labios, sus ojos brillaban como brasas. Una peste a carroña inundó la noche.

Iban montados sobre hienas grandes como caballos y parecían flotar sobre una nube de fuego. El canto del pájaro se convirtió en un aullido burlón. Abú al-Jakum trató de huir, pero estaba paralizado.

—Djinns... —se escuchó decir en un susurro—. Alá se apiade de mí...
Sentía latir la sangre en su garganta y una gota de sudor helado se deslizó por su mejilla.
Quiso moverse, hundir los talones en los ijares del caballo, pero sólo pudo abrir un poco las manos.

Autor: **W. B. Yeats** / Poema: **Un aviador irlandés prevé su muerte**

Me encontrará la muerte
un día acá en lo alto.
Los que combato, yo no los odio;
los que defiendo, yo no los amo.
Kiltártan Cross, ésa es mi patria.
Los míos son aquellas pobres gentes.
Que ganen unos, a ellos ¿qué les va?
Que ganen otros, a ellos ¿qué les viene?
No lucho por deber, por ley, por un caudillo,
ni tras gloria ni clamor de multitudes.
Un solitario impulso de delicia
me trajo a este tumulto entre las nubes.
Y todo lo medí, lo pensé todo:
vi el porvenir, y era un vivir estéril,
y un estéril vivir eran los años ya pasados,
ante esta vida, ante esta muerte.

Autora: **Clarice Lispector** / Cuento: **Una historia de tan grande amor** (fragmento)

Ya un poco mayorcita, la niña tuvo una gallina llamada Eponina.

El amor por Eponina esta vez era un amor más realista, nada romántico; era el amor de aquel que ya ha sufrido por amor. Y cuando a Eponina le llegó el día de ser comida, la niña ni siquiera supo cómo llegó a comprender que ése era el destino final de quien nacía gallina. Las gallinas parecían tener una suerte de presciencia de su destino y no aprendían a amar a sus dueños ni al gallo. Las gallinas están solas en el mundo.

Pero la niña no olvidó lo que su madre le había dicho respecto de comer animales queridos: comió más de Eponina que todo el resto de la familia, comió sin hambre pero con un placer casi físico, porque ahora sabía que de aquel modo Eponina se incorporaría a ella y sería más suya que en vida.

Habían guisado a Eponina a la salsa parda. De forma que la niña, en un ritual pagano que se le había transmitido cuerpo a cuerpo a través de los siglos, le comió la carne y le bebió la sangre. Durante la comida tuvo celos de los que también se estaban comiendo a Eponina. La niña era un ser hecho para amar, hasta que se hizo muchacha y aparecieron los hombres.

Autor: **Rogelio Guedea** / Obra: **París de Cuerpo Entero**

El no conocía París, pero tenía en la universidad una amiga francesa que se ofreció a enseñárselo. Lo llevaría hasta el último recodo, de orilla a orilla. La condición: que se dejara seducir. Que no opusiera resistencia. Él asintió con la cabeza y sonrió un instante. Apenas cerraron la puerta de la habitación del hotel, ella corrió las cortinas, apagó la luz y lo hizo entrar en la cama. Cinco días con sus noches estuvieron sus almas luchando cuerpo a cuerpo. Sólo hicieron tregua para beber un poco de la luz que se colaba por las rendijas.

Cuando regresó a su país y le preguntaron por plazas y museos, por calles y jardines, él que no había pisado ni la acera contigua al edificio, se quedó maravillado cuando empezó a responder con la minuciosidad de un relojero.

Autora: **Laurence Alma-Tadema** / Poema: **Si nadie se casa conmigo**

Si nadie se casa conmigo
y no veo por qué alguien debería hacerlo
la enfermera dice que no soy bonita
y rara vez soy buena.

Si nadie se casa conmigo
no me importará mucho
compraré una ardilla en una jaula
y un conejito en una conejera.

Tendré una casa de campo cerca del bosque
y un pony que será todo mío
y un corderito muy limpio y manso
que podré llevar al pueblo.

Y cuando me ponga muy vieja
a los 28 o 29
me compraré una huerfanita
y la criaré como mía.

Autor: **Darwish Mahmud** / Cuento: **Un metro cuadrado de cárcel**

Ésta es la puerta, y detrás el paraíso del patio. Nuestras cosas, todo lo que nos pertenece se esfuma. La puerta es la puerta, puerta de la metáfora, puerta del cuento, puerta que purifica a septiembre, puerta que lleva los campos a la génesis del trigo. La puerta no tiene puerta, pero yo puedo acceder a mi salida, enamorado de lo que veo y no veo. ¿Tanta gracia y belleza en la tierra y la puerta no tiene puerta? Mi celda no ilumina más que mi interior. Que la paz sea conmigo, y paz al muro de la voz. Para alabar mi libertad he compuesto diez poemas, aquí y allí. Amo las migajas de cielo que se infiltran por el tragaluz de la cárcel, un metro de luz donde nadan los caballos y las pequeñas cosas de mi madre, el perfume del café en su ropa cuando abre la puerta del día a sus gallinas. Amo la naturaleza entre otoño e invierno, a los hijos de nuestro carcelero y las revistas esparcidas por las aceras lejanas. He compuesto veinte canciones satíricas del lugar donde no hay espacio para nosotros. Mi libertad: ser lo contrario de lo que quieren que sea. Mi libertad: ampliar mi celda, continuar la canción de la puerta. Puerta es la puerta. La puerta no tiene puerta pero yo puedo acceder a mi interior.

Autora: **Idea Vilariño** / Poema: **Ya no**

Ya no será
ya no
no viviremos juntos
no criaré a tu hijo
no coseré tu ropa
no te tendré de noche
no te besaré al irme
nunca sabrás quién fui
por qué me amaron otros.
No llegaré a saber
por qué ni cómo nunca
ni si era de verdad
lo que dijiste que era
ni quién fuiste
ni qué fui para ti
ni cómo hubiera sido
vivir juntos
querernos
esperarnos
estar.
Ya no soy más que yo
para siempre y tú
ya
no serás para mí
más que tú. Ya no estás
en un día futuro
no sabré dónde vives
con quién
ni si te acuerdas.
No me abrazarás nunca
como esa noche
nunca.
No volveré a tocarte.
No te veré morir.

Autor: **István Orkény** / Cuento: **Pensamiento en el sótano**

La pelota cayó al sótano por un cristal roto.

Una niña de catorce años, la hija del conserje, bajó a buscarla cojeando. Un tranvía le había cortado una pierna a la pobrecita, y se ponía muy contenta cuando podía hacer algún favor a alguien.

El sótano estaba en penumbra, pero se dio cuenta de que en un rincón se había movido algo.

—¡Gatito! —dijo la niña de pata de palo—, ¿qué haces tú aquí?

Cogió la pelota y salió del sótano lo más rápido posible.

La rata vieja, fea y maloliente —la habían tomado a ella por un gato— queda asombrada. Nunca le había hablado nadie así.

Ahora, por vez primera, pensó que todo habría sido diferente si ella hubiera nacido gato.

Es más —¡cómo somos tan insaciables! —enseguida empezó a hacerse ilusiones. Y ¿si ella hubiera nacido niña de pata de palo?

Pero esto era demasiado bonito y no se atrevió ni a imaginarlo.

Autor: **Cesare Pavese** / Poema: **Vendrá la muerte y tendrá tus ojos**

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos
esta muerte que nos acompaña
de día y de noche, insomne,
sorda, como un viejo remordimiento
o un vicio absurdo. Tus ojos
serán una palabra vana,
un grito acallado, un silencio.
Así cada mañana los ves
cuando sola te contemplas
en el espejo. Oh esperanza querida,
un día sabremos también
que son la vida y que no son nada.
Tiene la muerte una mirada para todos.
Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.
Será como renunciar a una mala costumbre
como mirar en el espejo
aparecer un rostro muerto,
como escuchar unos labios ya cerrados.
Descenderemos mudos al abismo.

Autor: **Fernando del Paso** / Novela: **Palinuro de México** (Fragmento)

Sacó, en efecto, una pistola de plástico de la bolsa de su gabardina, se puso de pie y se llevó el cañón a la sien derecha. Después apretó el gatillo. El ruido del tiro, como era de esperarse, no se produjo. No salió tampoco de la pistola una bala de acero, o una bala de plata, o una bala, siquiera, de talco...

Volvió a apretar el gatillo.

Otro fracaso.

Lo intentó por tercera vez.

El mismo resultado.

En vista de las circunstancias, Molkas mostró el revólver a un público imaginario y dijo: “Señoras y señores: este revólver está envenenado.”

Se llevó el cañón a la boca y sorbió con gran ruido el veneno: cayó redondo.

Autora: **Pía Barros** / Cuento: **Ropa usada**

Un hombre entra a la tienda. La chaqueta de cuero, gastada, sucia, atrapa su mirada de inmediato. La dependienta musita un precio ridículo, como si quisiera regalársela. Sólo porque tiene un orificio justo en el corazón. Sólo porque tras el cuero, el chiporro blanco tiene una mancha rojiza que ningún detergente ha podido sacar. El hombre sale feliz a la calle. A pocos pasos, unos enmascarados disparan desde un callejón. Una bala hace un giro en ciento ochenta grados de su destino original. Se diría que la bala tiene memoria. Se desvía y avanza, gozosa, hasta la chaqueta. Ingresada, conocedora, en el orificio. El hombre congela la sonrisa ante el impacto. La dependienta corre a desvestirlo y a colgar nuevamente la chaqueta en el perchero. Lima sus uñas distraída, aguardando.

Autor: **Roberto Bolaño** / Poema: **Los perros románticos**

En aquel tiempo yo tenía veinte años
y estaba loco.
Había perdido un país
pero había ganado un sueño.
Y si tenía ese sueño
lo demás no importaba.
Ni trabajar ni rezar
ni estudiar en la madrugada
junto a los perros románticos.
Y el sueño vivía en el vacío de mi espíritu.
Una habitación de madera,
en penumbras,
en uno de los pulmones del trópico.
Y a veces me volvía dentro de mí
y visitaba el sueño: estatua eternizada
en pensamientos líquidos,
un gusano blanco retorciéndose
en el amor.
Un amor desbocado.
Un sueño dentro de otro sueño.
Y la pesadilla me decía: crecerás.
Dejarás atrás las imágenes del dolor y del laberinto
y olvidarás.
Pero en aquel tiempo crecer hubiera sido un crimen.
Estoy aquí, dije, con los perros románticos
y aquí me voy a quedar.

Autor: **Enrique Anderson Imbert** / Cuento: **El cigarrillo**

El nuevo cigarrero del zaguán —flaco, astuto— lo miró burlonamente al venderle el atado. Juan entró en su cuarto, se tendió en la cama para descansar en la oscuridad y encendió en la boca un cigarrillo. Se sintió furiosamente chupado. No pudo resistir: el cigarro lo fue fumando con violencia; y lanzaba espantosas bocanadas de pedazos de hombre convertidos en humo. Encima de la cama el cuerpo se fue desmoronando en ceniza, desde los pies, mientras la habitación se llenaba de nubes violáceas.

Autor: **Dylan Thomas** / Poema: **Donde una vez las aguas de tu rostro**

Donde una vez las aguas de tu rostro
giraron impulsadas por mis hélices, sopla tu áspero fantasma,
los muertos alzan la mirada;
donde un día asomaron el pelo los tritones
a través de tu hielo, el viento áspero navega
por la sal, la raíz, las huevas de los peces.
Donde una vez tus verdes nudos hundieron su atadura
en el cordón de la marea, allí camina ahora
el vegetal destejedor,
con tijeras filosas, empuñando el cuchillo
para cortar los canales en su origen
y derribar los frutos empapados.
Invisibles, tus mareas medidoras del tiempo
irrumpan en las camas galantes de las algas;
el alga del amor se vuelve mustia;
allí en torno a tus piedras
sombras de niños van, que desde su vacío
lloran ante el mar colmado de delfines.
Secos como la tumba, tus coloreados párpados
no serán aherrojados mientras la magia se deslice
sabia sobre el cielo y la tierra;
habrá corales en tus lechos,
habrá serpientes en tus mareas,
hasta que mueran todos nuestros juramentos del mar.

Autor: **Ryunosuke Akutagawa** / Cuento: **El gran terremoto**

Olía como a albaricoques podridos. Caminando entre las ruinas del incendio, percibió ese tenue olor. También pensó que, extrañamente, el hedor de cadáveres putrefactos bajo el calor del sol no era tan desagradable. Ante el estanque donde habían ido apilando los cadáveres, comprendió que en el ámbito de las sensaciones, la expresión “atroz y truculento” no era exagerada. En especial, lo había impresionado el cadáver de un niño de doce o trece años. Mientras lo miraba, sintió algo parecido a la envidia. Las palabras “Los amados por los dioses, mueren prematuramente” surgieron en su mente. La casa de su hermana, quemada. La de su hermano adoptivo, también. Sin embargo, su cuñado, en libertad provisional por haber cometido perjurio...

“Ojalá se mueran todos”.

Fue todo lo que se le ocurrió pensar mientras permanecía inmóvil y de pie ante las ruinas de los incendios que siguieron al terremoto.

Autor: **Leopoldo María Panero** / Poema: **El circo**

Dos atletas saltan de un lado a otro de mi alma
lanzando gritos y bromeando acerca de la vida:
y no sé sus nombres. Y en mi alma vacía escucho siempre
cómo se balancean los trapecios. Dos
atletas saltan de un lado a otro de mi alma
contentos de que esté tan vacía.

Y oigo
oigo en el espacio sonidos
una y otra vez el chirriar de los trapecios
una y otra vez.

Una mujer sin rostro canta de pie sobre mi alma,
una mujer sin rostro sobre mi alma en el suelo,
mi alma, mi alma: y repito esa palabra
no sé si como un niño llamando a su madre a la luz,
en confusos sonidos y con llantos, o bien simplemente
para hacer ver que no tiene sentido.

Mi alma. Mi alma
es como tierra dura que pisotean sin verla
caballos y carrozas y pies, y seres
que no existen y de cuyos ojos
mana mi sangre hoy, ayer, mañana. Seres
sin cabeza cantarán sobre mi tumba
una canción incomprensible.

Y se repartirán los huesos de mi alma.

Mi alma.

Mi hermano muerto fuma un cigarrillo junto a mí.

Autor: **Juan Carlos Santos** / Cuento: **Hay los niños y los muñecos**

Son diferentes desde el momento donde les notas los dientes, por esa sonrisilla cargada de malicia ingenua. Porque los ojos brillan aun cuando el único destello viene de las estrellas.

Los niños viven y crecen para dejar de ser niños.

Los muñecos nunca crecen ni maduran, se quedan atrapados tras las murallas de la pubertad y su mentecita se deforma cuando los juegos pierden el sentido. Entonces buscan satisfacer su necesidad de travesuras con cosas más contundentes. Con todo lo que les excite y proporcione diversión a costa de quien sea. Y se tornan mórbidos y perversos, dejando al lado toda forma de cariño que efímeramente pudieran manifestar en un principio.

Los muñecos conducen sus juegos a nuestras espaldas y a veces sobre ellas.

Cuando los niños mueren van al cielo.

Cuando los niños no bautizados mueren van al limbo.

Los muñecos sólo mueren, si son descubiertos...

Y van a la Región bajo la cama.

...Hasta que alguien los traiga de vuelta.

Autor: **William Shakespeare** / Obra: **Macbeth** (fragmento)

Mañana, y mañana, y mañana, arrástrate en este paso insignificante, día a día, hasta la última sílaba del tiempo prescrito. Todos nuestros ayeres han iluminado a los locos la senda que conduce al polvo de la muerte. ¡Apágate, apágate, oh, breve fulgor! La vida no es más que una sombra caminante, un mal actor que, durante su tiempo, se estremece y se pavonea en el escenario, y luego no se le oye más. Es un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia y que no significa nada.

Autor: **Robert E. Howard** / Poema: **Cimmeria**

Yo recuerdo
los bosques oscuros que cubrían los cerros sombríos;
la perpetua bóveda de nubes grises,
los turbios arroyos que bajaban silenciosos,
y los vientos que susurraban por los desfiladeros.

De horizonte en horizonte,
de cerro en cerro, de ladera en ladera,
cubierta por árboles tristes,
así era nuestra adusta tierra.

Así, cuando un hombre
trepaba a un pico escarpado
y oteaba,
solo veía el horizonte interminable,
de cerro en cerro,
de ladera en ladera,
todos ellos del mismo color.

Tierra triste, que parecía reunir a los vientos,
nubes y sueños que rehúyen al sol,
las ramas agitadas por el viento solitario
y, por doquier, los bosques oscuros, olvidados por el pálido sol;
que de los hombres arrancaba chatas sombras;
la llamaban Cimmeria,
tierra de Oscuridad y Noche.

Fue hace tiempo, lejos de aquí.
He olvidado el nombre que me dieron los hombres.

El hacha y la lanza de punta de sílex son como un sueño,
y las cacerías y guerras una sombra.

Sólo recuerdo la quietud de esa sombría tierra;
las nubes eternas sobre los cerros,
la media luz de los bosques eternos.
Cimmeria, tierra de Oscuridad y Noche profunda.

Autora: **Margaret Atwood** / Novela: **Oryx y Crake** (fragmento)

—En el principio era el caos —dice.

—Enséñanos el caos, por favor, por favor, Hombre de las Nieves.

—¡Enséñanos una foto del caos!

Al principio, lo de la foto les había costado... flores dibujadas en frascos de colonia, frutas en las latas de zumo. “¿Son reales?” No, no son reales. ¿Y qué son esas cosas que no son reales? Lo que no es real nos cuenta cosas sobre lo que es real”. Etcétera. Pero ahora ya parecen haber asimilado el concepto.

—¡Sí, sí, una foto del caos! —exigen.

Hombre de las Nieves sabía que se lo pedirían —todas las historias empiezan con el caos— así que está preparado. De su escondite de cemento saca uno de sus hallazgos: un cubo de plástico naranja, casi rosa de tan descolorido, pero por lo demás en perfecto estado. Intenta no imaginar qué le habrá pasado al niño que era su dueño.

—Traed un poco de agua —ordena levantando el cubo.

Se produce una agitación alrededor del anillo de antorchas, manos que se alargan, pies que se alejan en la oscuridad.

—En el caos, todo estaba mezclado —prosigue—. Había demasiada gente, y por eso la gente estaba mezclada con el polvo. [...] Las personas que vivían en el caos estaban llenas de caos por dentro, y el caos les obligaba a hacer cosas malas. Mataban constantemente a otras personas. Se comían a todos los Hijos de Oryx, en contra de los deseos de Oryx y de Crake. Se los comían todos los días. Los mataban sin parar. Se los comían sin parar. Se los comían hasta cuando no tenían hambre.

Autor: **Édgar Omar Avilés** / Cuento: **El brujo decapitado**

Cuando el hacha del maestro verdugo cercenó la cabeza, en la plaza todo el pueblo aplaudió aliviado, libre, al fin, de la malevolencia del brujo, de su risa oxidada, de sus promesas de muerte. Pero al caer la cabeza, del cuello surgió otra diferente. Ésta también fue cortada, mas otra brotó como capullo. Las cabezas decapitadas se apilaban, nacidas una tras otra del insólito cuello del brujo. Aunque los brazos del verdugo estaban cada vez más cansados y los aplausos menguaban, repetía la operación concentrando el mismo coraje en cada tajada, hasta que un par de horas después todo empezó a dar vueltas al ritmo de la risa oxidada. En ese instante el verdugo vio que en la plaza todo el pueblo yacía decapitado, mientras su cabeza rodaba junto con las demás.

Autor: **Joaquín Pasos** / Poema: **Canto de guerra de las cosas** (fragmento)

Por fin. Señor de los Ejércitos, he aquí el dolor supremo.
He aquí, sin lástimas, sin subterfugios, sin versos,
el dolor verdadero.

Por fin, Señor, he aquí frente a nosotros el dolor
parado en seco.

No es un dolor por los heridos ni por los muertos,
ni por la sangre derramada ni por la tierra llena de lamentos,
ni por las ciudades vacías de casas ni por los campos
llenos de huérfanos.
Es el dolor entero.

No pueden haber lágrimas ni duelo,
ni palabras ni recuerdos,
pues nada cabe ya dentro del pecho.
Todos los ruidos del mundo forman un gran silencio.
Todos los hombres del mundo forman un solo espectro.
En medio de este dolor, ¡soldado!, queda tu puesto
vacío o lleno.
Las vidas de los que quedan están con huecos,
tienen vacíos completos,
como si se hubieran sacado bocados de carne de sus
cuerpos.
Asómate a este boquete, a éste que tengo en el pecho,
para ver cielos e infiernos.
Mira mi cabeza hendida por millares de agujeros:
a través brilla un sol blanco, a través un astro negro.
Toca mi mano, esta mano que ayer sostuvo un acero:
puedes pasar, en el aire, a través de ella, tus dedos!
He aquí la ausencia del hombre, fuga de carne, de miedo,
días, cosas, almas, fuego.
Todo se quedó en el tiempo. Todo se quemó allá lejos.

Autora: **Angela Carter** / Cuento: **Lobalicia** (fragmento)

Si esta niña andrajosa de orejas sucias hubiera podido hablar como nosotros, se habría llamado loba a sí misma; sin embargo, no puede hablar, aunque aúlla porque está sola... Pero *aullar* no es el verbo adecuado, pues es tan pequeña que puede hacer el ruido que hacen los cachorros, burbujeante, delicioso, como una gran sartén de tocino en el fuego. A veces, los finos oídos de su familia de acogida la oyen a través del irreparable abismo de ausencia y contestan desde el lejano bosque de pinos y la agreste montaña. Su contrapunto cruza el cielo nocturno y se entrecruza en él: le intentan hablar, pero no lo consiguen porque, a pesar de que la amamantaron los lobos y usa el lenguaje de los lobos, no lo entiende.

Su lengua jadeante le cuelga por fuera de la boca; sus labios rojos son anchos y jóvenes. Sus piernas son largas, delgadas, fuertes. Tiene los codos, las manos y las rodillas encallecidas, porque siempre corre a cuatro patas. Nunca camina; trota o galopa. Su paso no es nuestro paso.

Dos patas, mira; cuatro, olfatea. Su larga nariz tiembla todo el tiempo y reconoce todos los olores. Con tan útil herramienta, investiga a fondo cuanto atisba. Los finos, vellosos y sensibles filtros de su nariz captan muchas más cosas del mundo de las que nosotros podemos captar, tantas que su pobre vista le importa poco. Su olfato es más preciso de noche que nuestros ojos de día, razón por la cual prefiere la noche, porque la luz de la luna fría y reflejada no le hace daño y, así, puede extraer las múltiples fragancias de los bosques por donde deambula cada vez que puede.

Autor: **Emilio Carrere** / Poema: **La ronda de los fantasmas** (fragmento)

¿Habéis visto entre las sombras
unas luces azuladas
que persiguen a lo largo
de las calles solitarias?
Es que se miran en la noche
las pupilas de los lívidos fantasmas.

En los ojos
de los muertos
brillan dos luces extrañas,
igual que dos fuegos fatuos
que nos embrujan el alma.
El que una vez las ha visto,
ya nunca podrá olvidarlas.
Nos alucinan de noche,
a oscuras, en nuestra estancia;
trenzan ante nuestros ojos una triste
rara danza,
y nos envuelven en una suave atmósfera
de plata.
Es que pasa en torno nuestro
la ronda de los fantasmas.

En el reino de los muertos
hay pupilas ultrahumanas
que brillan en unos seres
sin cara,
que nos miran sin ser vistos y nos odian
y nos aman,

ambulan por los parajes
de su existencia pasada,
y velan junto a las novias doloridas
y junto a las pobres madres viejecitas y enlutadas
o junto a una
blanca cuna, como ángeles de la guarda,
lloran silenciosamente
los fantasmas.

[...]

Y cuando demos el salto
en la sombra alucinante del misterio o de la nada,
quizá estén aguardándonos los amigos
que se fueron y las muertas adoradas.
Para darnos una extraña bienvenida
con su mano seca y pálida,
cuando también nuestros ojos brillan como
fuegos fatuos, y en su rauda
espiral nos arrebate a lo ignaro
la ronda de los fantasmas.

Autor: **Salvador Elizondo** / Novela: **El Hipogeo Secreto** (fragmento)

Si el escritor está escribiendo una novela, bastaría saber qué edad tiene, para saber exactamente cómo es su novela. Si fuera una historia fantástica como las que inventaban los filósofos chinos para ilustrar sus aporías y sus paradojas, podría decir, por ejemplo, que la novela trata de un escritor que crea a otro escritor, pero que un día se percata de que él es un sueño de su propio personaje que lo ha soñado creándolo. Sólo podría librarse de ese sueño soñándose a mí; a mí: Salvador Elizondo, que lo he inventado como personaje de un libro improbable que se llama *El Hipogeo Secreto*, que trata, para ser un poco más imprecisos, de un hombre y una ciudad que nunca han existido. Ese hombre se encuentra vinculado a una mujer con la que realiza una experiencia de carácter singular. El hombre relata a la mujer la historia de un escritor fantasioso que los hubiera o habría o ha ideado a ambos, a la mujer de la cabellera negra y al otro que la mira furtivamente desde aquí mientras ella lee que él la mira furtivamente mientras lee y a la que le cuenta la historia del escritor que escribe una novela en la que aparece una mujer que está leyendo un libro en el que él aparece como un personaje que espía a la mujer según la descripción que de esta escena aparece en el libro que la mujer está leyendo y que, hay suficiente razón para suponerlo, no es, necesariamente, este libro, como suponen algunos, porque al fin de cuentas esta historia, la de este libro, resulta ser una historia de horror, de tristeza y de magia, cuando no una novela de esas que a veces se leen en casas olorosas a fruta; o ni siquiera eso.

Autor: **Jorge Fernández Granados** / Poema: **Soledad** (fragmento)

Nadie va a salvarnos
de morir siempre a destiempo
prematura o viejamente agradecidos de lo simple,
aguerridamente tristes, y juntos, en la muerte.

Nadie va a mirarnos rodar en la ceniza
(somos incompetentes para la eternidad).

Nadie buscará los sitios
donde trazamos el alma alguna noche
con el mudable entusiasmo del amor o del instante.

No quedará tal lugar.

No quedarán los aromas ni los días ni los ecos.

Nadie va a explicarnos
por qué estar aquí es ver morir una estrella en la nieve,
prender una fogata en la noche,
quemarnos los párpados con lágrimas azules,
fumar un cigarro antes de que la lluvia termine.

No tenemos tiempo de saberlo todo ni de amarlo todo.

Nadie fabrica el pan de lo divino.

Hemos jurado tantos nombres en vano.
y hemos caído alguna noche de rodillas
cerrando los ojos

porque el silencio fue la única oración
que guardaron nuestros labios,
pero no bastó para decirle a Dios
que estamos solos.

Solos frente a la primera lluvia

de una infancia de aguaceros,
frente a los trenes negros de una interminable madrugada,
bajo la sombra del oyamel
que perfumó las manos de mi abuela
en una helada montaña donde aprendieron mis pies a caminar.

Solos junto al grito de dolor de los que se aman,
solos en el instante desnudo de la gracia o la verdad
solos junto al fruto
de ese cuerpo que amanece en nuestros brazos.

Solos en la espesura ancestral de nuestros muertos
y en los barcos donde zarpa la dicha o la amargura
y junto a ese desconocido que todos los días
se quita lentamente la máscara, el abrigo y las palabras
frente a la noche del mundo.

Nadie va a salvarnos.

Nadie va a saber que lo sabemos.

Autora: **Amparo Dávila** / Cuento: **Tiempo destrozado** (fragmento)

Estaba en los andenes de una estación del ferrocarril, esperando un tren. No tenía equipaje. Llevaba en las manos una pecera con un diminuto pececito azul. El tren llegó y yo lo abordé rápidamente, temía que se fuera sin mí. Estaba lleno de gente. Recorrí varios carros tratando de encontrar un asiento. Tenía miedo de romper la pecera. Encontré lugar al lado de un hombre gordo que fumaba un puro y echaba grandes bocanadas de humo por boca, nariz y ojos. Comencé a marearme y a no ver y oler más que humo, humo por todos lados con un olor insoportable. Empezó a contraerse el estómago y corrí hasta el tocador. Estaba cerrado con candado. Desesperada quise abrir una ventanilla. Las habían remachado. No pude soportar más tiempo. Vomité dentro de la pecera una vasca negra y espesa. Ya no podía verse el pececito azul; presentí que había muerto. Cubrí entonces la pecera con mi pañuelo floreado y comencé a buscar otro sitio. En el último carro encontré uno frente a una mujer que vestía elegantemente. La mujer miraba por la ventanilla; de pronto se dio cuenta de mi presencia y se me quedó mirando fijamente. Era yo misma, elegante y vieja. Saqué un espejo de mi bolsa para comprobar mejor mi rostro. No pude verme. El espejo no reflejó mi imagen. Sentí frío y terror de no tener ya rostro. De no ser más yo, sino aquella marchita mujer llena de joyas y pieles. Y yo no quería ser ella. Ella era ya vieja y se iba a morir mañana, tal vez hoy mismo. Quise levantarme y huir, bajarme de aquel tren, librarme de ella. La mujer vieja me miraba fijamente y yo supe que no me dejaría huir.

Autor: **José Carlos Becerra** / Poema: **El otoño recorre las islas**

A veces tu ausencia forma parte de mi mirada,
mis manos contienen la lejanía de las tuyas
y el otoño es la única postura que mi frente puede tomar para pensar en ti.
A veces te descubro en el rostro que no tuviste y en la aparición que no merecías,
a veces es una calle al anochecer donde no habremos ya de volver a citarnos,
mientras el tiempo transcurre entre un movimiento de mi corazón y un movimiento de la
noche.

A veces tu ausencia aparece lentamente en mi sonrisa igual que una mancha
de aceite en el agua,
y es la hora de encender ciertas luces
y caminar por la casa
evitando el estallido de ciertos rincones.

En tus ojos hay barcas amarradas, pero yo ya no habré de soltarlas,
en tu pecho hubo tardes que al final del verano
todavía miré encenderse.

Y éstas son aún mis reuniones contigo,
el deshielo que en la noche
deshace tu máscara y la pierde.

Autora: **Iliana Vargas** / Cuento: **La iniciación**

Melusina pertenece a la tribu de las mujeres sin manos: sus vestidos tienen mangas largas y acampanadas que cubren las prótesis. Cuando cantan, emiten aullidos con los que hipnotizan a los animales salvajes hasta hacerlos caer en trance para que los hombres del pueblo puedan atraparlos y llevarlos vivos a sus casas. Ahí, las mujeres se alimentan de la carne y sangre crudas mientras los animales aún respiran. Los cantos también sirven para que las madres adormilen a sus hijas y las preparen para alimentar a los peces dedófagos, mascotas favoritas de las niñas de la tribu, quienes se inician en los abismos del placer al sumergir sus manitas tiernas en los estanques repletos de estos escamosos animales que arrancan pedazo a pedazo la carne y los huesos infantiles, tan fáciles de digerir. Las niñas sonrían exaltadas al mirar cómo brota la sangre y se diluye en el agua a cada mordida. Melusina también sonrío. Es su primera visita al estanque, y por última vez, y con desprecio, mira sus diez dedos a través del líquido que empieza a teñirse de rojo.

Autor: **José Gorostiza** / Poema: **Muerte sin fin** (fragmento)

Pero el ritmo es su norma, el solo paso,
la sola marcha en círculo, sin ojos;
así, aun de su cansancio, extrae
¡hop!
largas cintas de cintas de sorpresas
que en un constante perecer enérgico,
en un morir absorto,
arrasan sin cesar su bella fábrica
hasta que -hijo de su misma muerte,
gestado en la aridez de sus escombros-
siente que su fatiga se fatiga,
se erige a descansar de su descanso
y sueña que su sueño se repite,
irresponsable, eterno,
muerte sin fin de una obstinada muerte,
sueño de garza anochecido a plomo
que cambia sí de pie, mas no de sueño,
que cambia sí la imagen,
mas no la doncellez de su osadía
¡oh inteligencia, soledad en llamas!
que lo consume todo hasta el silencio,
sí, como una semilla enamorada
que pudiera soñarse germinando,
probar en el rencor de la molécula
el salto de las ramas que aprisiona
y el gusto de su fruta prohibida,
ay, sin hollar, semilla casta,
sus propios impasibles tegumentos.

Autor: **Virgilio Piñera** / Cuento: **Natación**

He aprendido a nadar en seco. Resulta más ventajoso que hacerlo en el agua. No hay el temor a hundirse pues uno ya está en el fondo, y por la misma razón se está ahogando de antemano. También se evita que tengan que pescarnos a la luz de un farol o en la claridad deslumbrante de un hermoso día. Por último, la ausencia de agua evitará que nos hinchemos.

No voy a negar que nadar en seco tiene algo de agónico. A primera vista se pensaría en los estertores de la muerte. Sin embargo, esto tiene de distinto con ella: que al par que se agoniza uno está bien vivo, bien alerta, escuchando la música que entra por la ventana y mirando el gusano que se arrastra por el suelo. Al principio mis amigos censuraron esta decisión. Se hurtaban a mis miradas y sollozaban en los rincones. Felizmente, ya pasó la crisis. Ahora saben que me siento cómodo nadando en seco. De vez en cuando hundo mis manos en las losas de mármol y les entrego un pececillo que atrapo en las profundidades submarinas.

Autor: **Emiliano González** / Cuento: **La herencia de Cthulhu** (fragmento)

Un dios me ha dado en un sueño ámbitos de fiera luz y complicada imaginería de metales, y he creído discernir en ellos las galerías de un Museo de Historia Natural cuyas vitrinas exponen todo aquello que Barnum y sus discípulos han preferido dejar en el olvido: hermafroditas, hombres-lobo, inquietantes enanos momificados o conservados en formol, dientes de vampiro, maletas, lámparas y libros de piel humana, mandrágoras, algas alucinógenas y, ocupando el espacio central, la osamenta semicarcomida de un monstruo que los anales de la paleontología no registran: el Megalorium Tremens, dinosaurio alado, bicorne y a todas luces carnívoro que asoló los bosques petrificados del carbonífero con su pestilente carga de furia primitiva y huesos que son músculos que son huesos, rey innegable de los vertebrados habidos y por haber, presidiendo su cohorte de fenómenos con las cuencas vacías que los siglos quieren ornar de telarañas. Mirarlo, imaginar los ojillos brutos que alguna vez brillaron ante la carne fresca es quedar petrificado, ser por momento el fósil de un insecto extinto que, como castigo por mirar demasiado aquello que ni ojos animales ni ojos humanos debieran ver, ha quedado plasmado en un trozo de ámbar.

Autor: **Ricardo Bernal** / Poema: **El pozo de los deseos**

Yo quiero una sirena muda
Un caballito de palo para ir aquí cerca
Quiero un sapo viejo viejo
que escupa negras verdades
en mi oído

Yo quiero un guijarro
Una casa llena de odio
Quiero robarle a la luna
una luna disecada

Yo quiero un racimo de uvas
uvas crueles
casi podridas
para obsequiárselas al viejo y a la vieja
que viven en el jardín amarillo

Yo quiero despertar de este sueño
y leer las cartas que nunca escribiste

Yo quiero las palabras todas
las dulces
las despiadadas
la palabra cántaro
la palabra aguacero
la palabra reloj y la palabra sígueme

Yo quiero
quererte
y una sillita para sentarme
a la sombra de tu corazón

Autor: **Milorad Pavi** / Capítulo: **Masudi, Yusuf** (fragmento de novela)

Los mejores cazadores de sueños eran los jázaros, pero no hay jázaros desde hace mucho. Se ha conservado solamente su arte y algunas partes de su diccionario en que se habla de esa habilidad. Eran capaces de seguir a las personas que se presentan en los sueños ajenos y acorralarlos como presas de un hombre a otro, incluso en los sueños de los animales o de los demonios...

—¿Cómo se logra ese poder? —preguntó Masudi.

—Seguramente habrá advertido que el hombre, antes de dormirse, en el paso de la realidad al sueño, coordina especialmente su relación con la gravedad. En ese momento sus pensamientos se liberan de la gravedad terrestre en proporción directa a la fuerza con la que ésta actúa sobre su cuerpo. El límite entre los pensamientos y el mundo se abre, deja pasar libremente los pensamientos humanos, como el tamiz que tiene tres grosores. En ese breve instante en que el frío penetra con mayor facilidad en el cuerpo humano, los pensamientos rebosan y se pueden leer sin gran esfuerzo. Las personas que observen a un hombre que se está durmiendo podrían, aun sin ejercitación previa, entender lo que piensa en ese momento y a quién se refieren sus pensamientos. Y si gracias a una continua ejercitación llega a adquirir la capacidad de observar el alma humana en el momento en que se abre, podrá prolongar ese momento y adentrarse cada vez más en la profundidad del sueño, donde podrá cazar como si nadase bajo el agua con los ojos abiertos. Así se llega a ser cazador de sueños.

Autor: **Francisco Tario** / Cuento: **El hombre del perro amarillo** (fragmento)

El hombre empezó a soñar, de pronto. Mas soñaba con tal abundancia, estaba ya tan habituado a soñar, que aun en lo más intrincado del sueño alcanzaba a comprender que soñaba. Así es como se reía de sus sueños y no creía ni remotamente en ellos. De acuerdo con lo que soñaba esta vez, habían caído las últimas lluvias, todo el país se hallaba inundado, y él volvía de un delicioso paseo con su perro. A poco, arreciaba el viento —una racha huracanada— y le llevaba el sombrero. Aquí el hombre se acongojaba, pensando de qué modo podría, en lo sucesivo, saludar y cumplimentar a los vecinos. El perro echaba a correr, tratando de dar alcance al sombrero y evitar así que el viento lo arrastrara hasta el lago. Perdía ya de vista al perro, lo llamaba. Era una aflicción inaudita la suya, pues el perro no volvía. Oía, en cambio, su propia voz repercutiendo en el cuarto. Sentía, en mitad del sueño, sus gritos. Sabía distintamente que estaba soñando. Pero sabía, además, algo inconfesable y secreto: que si el perro no consentía en volver, cayera donde cayera el sombrero, él nunca acertaría a regresar a su casa. Solamente el perro conocía el camino; era como su pensamiento. Y en mitad del sueño se repetía que era menester despertar cuanto antes, no fuera a extraviar en definitiva el camino. Encendería la lámpara. Mas como tenía muy graves sospechas de que tan pronto diese la luz se hallaría igualmente sin el perro, porque alguien insistía en repetirle que el perro había huido y muerto, el hombre no sabía qué decisión tomar: si despertar o no, afrontar la soledad helada de su casa sin el sombrero ni el perro, o proseguir la búsqueda, a riesgo de perderlo todo.

Autora: **Claudia Caballero** / Poema: **Igual que los gatos**

Como a los gatos
me gusta estar sola
durante la noche
y pasear
por avenidas
 pestañear
y saltar sobre los troncos de los árboles
de jardines fantásticos de una ciudad
o escuchar en un bar
a un grupo tocando
y cantando
canciones desconocidas
acerca de un extraño planeta
donde arácnidos azules y ultravioleta
tejen el mar
desde blancas costas desiertas.
Me gusta pasear a lo largo
del muelle y ver
telarañas
 simulando
 olas
sola durante la noche
como los gatos
y ver la luna
pensando que es
una luna de leche
y beberla
con estrellas
y miau miau

para que me escuches
en sueños.

Como a los gatos
me gusta estar sola
durante la noche
y encontrar tu puerta
abrirla y entrar
como a los gatos
durante la noche me gusta rozar
mi cuerpo con el tuyo
bajo las sábanas.

Autora: **Silvina Ocampo** / Cuento: **La sogá** (fragmento)

Todo un año, de su vida de siete años, Antoñito había esperado que le dieran la sogá; ahora podía hacer con ella lo que quisiera. Primeramente hizo una hamaca colgada de un árbol, después un arnés para el caballo, después una liana para bajar de los árboles, después un salvavidas, después una horca para los reos, después un pasamano, finalmente una serpiente. Tirándola con fuerza hacia delante, la sogá se retorció y se volvió con la cabeza hacia atrás, con ímpetu, como dispuesta a morder. A veces subía detrás de Toñito las escaleras, trepaba a los árboles, se acurrucaba en los bancos. Toñito siempre tenía cuidado de evitar que la sogá lo tocara; era parte del juego. Yo lo vi llamar a la sogá, como quien llama a un perro, y la sogá se le acercaba, a regañadientes, al principio, luego, poco a poco, obedientemente. Con tanta maestría Antoñito lanzaba la sogá y le daba aquel movimiento de serpiente maligna y retorcida que los dos hubieran podido trabajar en un circo. Nadie le decía: “Toñito, no juegues con la sogá.” [...] Si alguien le pedía: “Toñito, préstame la sogá”, el muchacho invariablemente contestaba: “No”. A la sogá ya le había salido una lengüita, en el sitio de la cabeza, que era algo aplastada, con barba; su cola, deshilachada, parecía de dragón. Toñito quiso ahorcar un gato con la sogá. La sogá se rehusó. Era buena. ¿Una sogá, de qué se alimenta? ¡Hay tantas en el mundo! En los barcos, en las casas, en las tiendas, en los museos, en todas partes... Toñito decidió que era herbívora; le dio pasto y le dio agua. La bautizó con el nombre Prímula. Cuando lanzaba la sogá, a cada movimiento, decía: “Prímula, vamos Prímula.” Y Prímula obedecía.

Autor: **Octavio Paz** / Poema: **Árbol Adentro**

Creció en mi frente un árbol.
Creció hacia dentro.
Sus raíces son venas,
nervios sus ramas,
sus confusos follajes pensamientos.

Tus miradas lo encienden
y sus frutos de sombras
son naranjas de sangre,
son granadas de lumbre.

Amanece
en la noche del cuerpo,
allá adentro, en mi frente,
el árbol habla.

Acércate, ¿lo oyes?

Autor: **Hugo Hiriart** / Novela: **Cuadernos de Gofa** (Fragmento)

Todo principió con el llamado salto de Apolodoro, la más refinada y pura de las acrobacias. Hacía muchos años que no se presentaba este supremo número de circo que ha segado tantas vidas de trapevistas. Familias completas, uno a uno, se han precipitado en caída libre y espantosa. La gran Caromola, mujer barbada, funámbula y reina de los trapecios, orgullo e ideal de todo cirquero, fracasó en este vuelo y salvó su vida maravillosa al rebotar en el tambor monstruoso de los payasos jorobados. El salto de Apolodoro es una difícil concordación de vuelo trapevista, contorsionismo desarticulatorio y juegos de malabar con pelotas de colores, todo al mismo tiempo. El insuperable Mucigato Doto, después de muchos años de adiestramiento diligentísimo, en una noche solemne del Circo Imperial de Gofa, inició el vuelo, giraba en el aire con genialidad, su compañero -un primo suyo muy vigoroso conocido como el Gusano- lo esperaba ansiosamente. No llegó hasta las manos expertas de Gusano, pero tampoco llegó hasta el suelo inexorable; Mucigato Doto desapareció en el aire, se perdió, se hizo nada. Ocho años después, en una función vespertina rutinaria, Mucigato reapareció en pleno vuelo, se le vio de pronto reconcentrado y perfeccionista, cobró realidad corpórea y completó su salto en las manos emocionadas de Gusano que por azar o milagro estaban de nuevo en su lugar.

Autor: **Jorge Luis Borges** / Cuento: **Epílogo del Hacedor** (fragmento)

Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.

Autor: **Armando Salgado** / Poema: **Aisha Duhulow**

A

Soy Aisha Duhulow. Desde aquí veo el mar
extenderse más allá de mi familia. Lluve
y cada gota corta mi rostro.
La sangre lo cubre como un manto oscuro.
Pronto anochecerá y daré testimonio al nuevo día.
Afuera de esta lápida, el sol me habla.

B

Soy Aisha Duhulow. Podría levantarme
de los escombros y clavar una a una todas
mis heridas en un mismo hombre.
Elijo la ternura y acaricio sus mejillas.
Ustedes no son culpables. Nadie es culpable.
Es el mundo que nos tocó vivir.

Sentí la caricia de su guante sobre mi frente y lo vi ante mí, con la sonrisa que parecía el recuerdo de una sonrisa y los ojos más extraviados que de costumbre. [...]

—¿Qué le pasa? —le pregunté—. ¿Su enfermedad lo hace sufrir más que otros días?

—¿Mi enfermedad? —respondió—. Usted cree, como todos, que tengo una enfermedad? ¿Que se trata de una enfermedad mía? ¿Por qué no decir que yo soy una enfermedad? Nada me pertenece. ¡Pero yo soy de alguien y hay alguien a quien pertenezco!

Estaba acostumbrado a sus extraños discursos y por eso no le contesté. Se acercó a mi cama y me tocó otra vez la frente con su guante.

—No tiene usted ningún rastro de fiebre —continuó diciéndome—, está usted perfectamente sano y tranquilo. Puedo, pues, decirle algo que tal vez lo espantará; puedo decirle quién soy. Escúcheme con atención, se lo ruego, porque tal vez no podré repetirle las mismas cosas y es, sin embargo, necesario que las diga al menos una vez.

Al decir esto se tumbó en un sillón y continuó con voz más alta:

—No soy un hombre real. No soy un hombre como los otros, un hombre con huesos y músculos, un hombre generado por hombres. Yo soy —y quiero decirlo a pesar de que tal vez no quiera creerme— yo no soy más que la figura de un sueño. Una imagen de Shakespeare es, con respecto a mí, literal y trágicamente exacta; ¡yo soy de la misma sustancia de que están hechos los sueños! Existo porque hay uno que me sueña, hay uno que duerme y sueña y me ve obrar y vivir y moverme y en este momento sueña que yo digo todo esto. Cuando ese uno empezó a soñarme, yo empecé a existir; cuando se despierte cesaré de existir. Yo soy una imaginación, una creación, un huésped de sus largas fantasías nocturnas. El sueño de este uno es tan intenso que me ha hecho visible incluso a los hombres que están despiertos. Pero el mundo de la vigilia no es el mío. Mi verdadera vida es la que discurre lentamente en el alma de mi durmiente creador.

Autor: **Jorge Esquinca** / Poema: **Fábula del cazador**

Un hombre comienza a pensar en un lobo.

Al principio este lobo es sólo una silueta inmóvil:

un bulto parduzco agazapado en la oscuridad,

un hocico jadeante.

Días después el pensamiento del lobo regresa.

Se adueña de la memoria con cuatro patas poderosas.

El hombre dirige entonces una débil linterna

y localiza la acechante figura de ese lobo pensando.

Bajo la repentina claridad despiertan dos pupilas amarillas,

dos hileras de colmillos afilados, relucientes.

Desde el centro del círculo un gran lobo gris lo mira,

con la fija atención del animal frente al peligro.

Cada músculo sometido a una tensión precisa.

La pelambre del lobo erizada, eléctrica.

Húmedos los belfos, punzantes las garras.

La noche sorprende al hombre inclinado sobre su mesa de trabajo.

El pensamiento del lobo merodea impune, desafiante.

Decidido, el hombre empuña un lápiz:

se ha propuesto cazar al lobo.

Transcurren las horas y se manchan las hojas con dibujos feroces:

en cada giro de su mano se desliza con una agilidad inexplicable, casi felina.

Sus trazos se vuelven más espontáneos: instintivos.

Pronto su lobo es una sola línea.

Un salto visible entre la vida y la muerte.

Entonces el hombre se detiene: ha comprendido.

Apenas tiembla al escuchar el largo aullido al fondo del jardín.

Se levanta de la mesa y sale hacia la madrugada.

Ni siquiera nota que se apaga ya la última estrella.

Autor: **Ana María Shua** / Cuento: **Puntualidad de los filósofos**

El profesor Kant pasa por aquí todos los días exactamente a la misma hora. Usted escuchará este comentario en cada una de las calles del pueblo, con una curiosa coincidencia en las cifras. Se preguntará, entonces, cómo es posible que el profesor Kant pase por lugares tan alejados unos de otros, todos los días a la misma hora. Es que se trata de una hora faldera, domesticada, una hora que se ha encariñado de tal manera con el profesor que cuando Kant sale a dar su paseo, está dispuesta a abandonar la manada salvaje del tiempo para seguirlo por donde quiera que vaya.

Autor: Alejandro Aura / **Poema:** Despedida (fragmento)

Así pues, hay que en algún momento cerrar la cuenta,
pedir los abrigos y marcharnos,
aquí se quedarán las cosas que trajimos al siglo
y en las que cada uno pusimos nuestra identidad;
se quedarán los demás, que cada vez son otros
y entre los cuales habrá de construirse lo que sigue,
también el hueco de nuestra imaginación se queda
para que entre todos se encarguen de llenarlo,
y nos vamos a nada limpiamente como las plantas,
como los pájaros, como todo lo que está vivo un tiempo
y luego, sin rencor, deja de estarlo.

¿Se imaginan el esplendor del cielo de los tigres,
allí donde gacelas saltan con las grupas carnosas
esperando la zarpa que cae una vez y otra y otra,
eternamente? Así es el cielo al que aspiro. Un cielo
con mis fauces y mis garras. O el cielo de las garzas
en el que el tiempo se mueve tan despacio
que el agua tiene tiempo de bañarse y retozar en el agua.
O el cielo carnal de las begonias en el que nunca se apagan
las luces iridiscentes por secretar con sus mejillas
de arrebolados maquillajes. El cielo cruel de los pastos,
esperanzador y eterno como la existencia de los dioses.
O el cielo multifacético del vino que está siempre soñando
que gargantas de núbiles doncellas se atragantan y se ríen.

Autor: **José Luis Zárate** / Cuento: **Una corriente**

En ocasiones escuchamos un fragor desconocido bajo nuestros pies, como si algo corriera — denso y oscuro— en las cañerías, y los automóviles se atascan en el seco asfalto, las ruedas avanzan despacio rodeadas de un lodo que nadie ve, ocurre —poco, pero ocurre— que las aceras se llenan de brotes verdes, y puede olerse un frescor entre el concreto y acero de los edificios.

Los ingenieros sacan viejos mapas y siguen el rumbo de esas perturbaciones. Un cauce seco hace cien años, pero no importa. Aunque no esté ahí, a veces sueña que corre libre el río.

Autor: **Neil Gaiman** / Poema: **El día que llegaron los platillos**

Ese día, los platillos aterrizaron. Cientos, dorados,
Silenciosos, bajaron del cielo como grandes copos de nieve,
Y la gente de la Tierra observó mientras descendían,
Esperando, las gargantas secas por especular que nos esperaba dentro,
Y ninguno de nosotros sin saber si estaríamos aquí mañana,
Pero no te enteraste porque

Ese día, el día en que los platillos vinieron, por alguna coincidencia,
fue el día en que las tumbas rindieron a sus muertos
Y los zombis empujaron a través de la suave tierra
o expulsados, arrastrando los pies y con ojos embotados, imparables
Vinieron sobre nosotros, los vivos, y gritamos y corrimos,
pero no te enteraste de esto porque

El día de los platillos, que también fue el día de los zombis, fue
también Ragnarok, y las pantallas de televisión nos mostraron
Un barco construido con uñas de muerto, una serpiente, un lobo
Muchos más enormes de los que la mente podía contener, y el camarógrafo no pudo
Alejarse lo suficiente, y los Dioses salieron,
Pero no los viste llegar porque

En el día de los platillos-zombis-diosesguerreros, los diques se rompieron
Y cada uno de nosotros fue engullido por genios y duendes
Ofreciéndonos deseos y maravillas, y eternidades
Y encanto e inteligencia, y corazones realmente bravos, y potes de oro
Mientras gigantes fifofuneaban a través de la tierra, y abejas asesinas,
Pero tú no tenías la menor idea de esto porque

Ese día, el día platillo el día zombi,

El día Ragnarok y el día de las hadas, el día que los grandes vientos llegaron
Y nevó, y las ciudades se convirtieron en cristal, el día que
Todas las plantas murieron, y el plástico se disolvió, el día que
Las computadoras se revelaron, las pantallas ordenándonos que debíamos obedecer, el día
que
Ángeles, ebrios y confundidos, tropezaron en los bares,
Y todas las campanas de Londres sonaban, el día que
Los animales nos hablaron en asirio, el día del Yeti,
El día de los cabos revoloteantes y de la llegada de la Máquina del Tiempo,
Tú no notaste nada porque
Estabas sentada en tu habitación, sin hacer nada,
Ni siquiera leyendo, no realmente, sólo
Mirabas el teléfono
Preguntando si iba a llamarte.

Autor: **Juan Rulfo** / Novela: **Pedro Páramo** (fragmento)

—¿La ilusión? Eso cuesta caro. A mí me costó vivir más de lo debido. Pagué con eso la deuda de encontrar a mi hijo, que no fue, por decirlo así, sino una ilusión más; porque nunca tuve ningún hijo. Ahora que estoy muerta me he dado tiempo para pensar y enterarme de todo. Ni siquiera el nido para guardarlo me dio Dios. Sólo esa larga vida arrastrada que tuve, llevando de aquí para allá mis ojos tristes que siempre miraron de reojo, como buscando detrás de la gente, sospechando que alguien me hubiera escondido a mi niño. Y todo fue culpa de un maldito sueño. He tenido dos: a uno de ellos lo llamo el «bendito» y a otro el «maldito». El primero fue el que me hizo soñar que había tenido un hijo. Y mientras viví, nunca dejé de creer que fuera cierto; porque lo sentí entre mis brazos, tiernito, lleno de boca y de ojos y de manos; durante mucho tiempo conservé en mis dedos la impresión de sus ojos dormidos y el palpar de su corazón. ¿Cómo no iba a pensar que aquello fuera verdad? Lo llevaba conmigo a dondequiera que iba, envuelto en mi rebozo, y de pronto lo perdí. En el cielo me dijeron que se habían equivocado conmigo. Que me habían dado un corazón de madre, pero un seno de una cualquiera. Ése fue el otro sueño que tuve. Llegué al cielo y me asomé a ver si entre los ángeles reconocía la cara de mi hijo. Y nada. Todas las caras eran iguales, hechas con el mismo molde. Entonces pregunté. Uno de aquellos santos se me acercó y, sin decirme nada, hundió una de sus manos en mi estómago como si la hubiera hundido en un montón de cera. Al sacarla me enseñó algo así como una cáscara de nuez.